

TEORÍA DE LOS MOVIMIENTOS POPULARES EN ARGENTINA Y EN LATINO AMÉRICA

Theory of popular movements in Argentina and Latin America

- *Cristina Basile*
- *Emiliano Orlante*
- *Martín Salinas jjmartinsalinas@gmail.com*
- *María Mercedes Sánchez*
- *Carmen Velázquez*

Universidad Nacional Arturo Jauretche, Instituto de Estudios Iniciales

RESUMEN

Este trabajo analiza los vaivenes de los movimientos populares de finales del siglo XX y principios del XXI. Más precisamente, en un principio, trata de precisar las causas del debilitamiento de los mismos en plena Marea Rosa. Luego, en un segundo momento, a partir de las contribuciones teóricas de Hernández Arregui, John William Cooke, y el maestro Luis F. Iglesias, se proporcionan planteos desatendidos en el presente, pero acertados para la consolidación de un ser nacional (latinoamericano) con perspectiva emancipatoria. En esta construcción ideológica, y en pos del bien de la comunidad, los movimientos populares deben recobrar protagonismo político con acciones inmediatas y de largo plazo.

ABSTRACT

This work analyzes the ups and downs of the popular movements of the late 20th century and early 21st century. More precisely, at first, it tries to specify the causes of their weakening in the middle of the Pink Tide. Then, in a second moment, based on the theoretical contributions of Hernández Arregui, John William Cooke and the master Luis F. Iglesias, proposals that are neglected at the present, but correct for the consolidation of a national being (Latin American) with an emancipatory perspective, are provided. In this ideological construction, and in pursuit of the good of the community, popular movements must regain political prominence with immediate and long-term actions.

PALABRAS CLAVE: movimientos populares; colonialismo; emancipación; Argentina; Latinoamérica

KEYWORDS: popular movements; colonialism; emancipation; Argentina; Latin America

INTRODUCCIÓN

Una introducción al análisis de las teorizaciones de los movimientos populares precisa preguntarse qué concepción o concepciones de “movimiento popular” posee como idea inicial el presente análisis. Sobre todo, si se tiene en cuenta la gravitación que han adquirido, desde su emergencia, a fines del siglo XX, los movimientos sociales en Argentina. Una primera distinción podría señalar que los movimientos populares se encuentran en la base de la formación de los movimientos sociales. En los movimientos sociales, y en las institucionales con las que se articula, late el recuerdo de la fuerza política del movimiento popular sobre la que descansa su poder de negociación. La necesaria estabilidad sobre la que se asientan los movimientos sociales, así, contrasta con el carácter disruptivo de los movimientos populares. Si estos se interrumpen en el curso histórico, aquellos se sirven del margen de acción que el curso histórico ofrece. Daniel Camacho (2005) distingue el alcance de la crítica dirigida al orden social. Mientras los movimientos sociales destinan la crítica a la obtención de fines específicos en el marco de una sociedad dada, y por ello se encuentran orientados a introducir reformas parciales con el objetivo de mejorar una situación particular, los movimientos populares expresan, por su parte, un momento de radicalización de la crítica del mismo orden social. En palabras del sociólogo:

Cuando utilizamos la categoría movimiento popular estamos refiriéndonos a una dinámica social constituida por una voluntad colectiva o, en un grado mayor de desarrollo, a un sujeto social y político. Esa voluntad colectiva con vocación de sujeto político tiene la cualidad de que sintetiza a las masas, sus intereses, sus frustraciones, sus deseos, sus reivindicaciones y, en el grado de mayor desarrollo, su proyecto político. La principal determinación del movimiento popular así concebido es la clase, lo que quiere decir que, llevadas a sus explicaciones más profundas, las contradicciones del movimiento popular o de los movimientos populares, con sus enemigos, desembocan necesariamente en contradicciones de clase (Camacho, 2005: 20).

La disparidad de resultados que los momentos de radicalización puedan obtener en la lucha contra la explotación productiva y la dominación ideológica, de la que los sectores populares son objeto, no anula la influencia histórica que los movimientos populares puedan ejercer más allá de la coyuntura:

La recuperación de la memoria colectiva del movimiento popular respecto de su propia historia es fundamental. Uno de los elementos que le da continuidad y estructura es sentirse heredero de las luchas de sus predecesores y fundamentar en el pasado el proyecto futuro (Camacho, 2005: 19).

Así, las organizaciones sociales deben atender problemáticas vinculadas al orden del día, a coyunturas históricas, y en ese sentido, encontrarse a la altura de los tiempos, es decir,

en una relación contemporánea con los factores dominantes de la sociedad dada. Los movimientos populares, por su parte, pueden irrumpir como los representantes de fuerzas aparentemente anacrónicas, no contemporáneas, que toman sus premisas de luchas pretéritas, no resueltas, y las actualizan de tal modo que desequilibran el mismo *statu quo* del que forman parte. De esa no contemporaneidad puede surgir, en el marco de la unidimensionalidad que caracteriza a la sociedad contemporánea (por más respetuosa de la diversidad que se autoperciba), una discontinuidad que introduce el germen de un orden social otro. El germen de un nuevo orden social se respiró, en Argentina, en los acontecimientos de 2001. “El peor momento de la crisis despertó en parte de la población los mejores instintos de cooperación, creatividad y vocación por lo público”, sostiene Ezequiel Adamovsky (2020: 299) en su *Historia de la Argentina*. Lejos de interpretar los eventos como un límite que no debería volver a cruzarse nunca más, la solidaridad y el compromiso populares desplegados en los largos meses de crisis institucional pueden leerse como la emergencia de lazos profundos y fluidos (que luego las interpretaciones hegemónicas catalogaría como superficiales y esquemáticos). De acuerdo a la perspectiva de Adamovsky, la expresión “¡Piquete y cacerola, la lucha es una sola!” no era solo “una expresión de deseos: en esos tiempos extraordinarios, hubo intensos contactos y luchas conjuntas entre gente de sectores medios empobrecidos, obreros y desocupados. Había la sensación de que una ‘nueva política’, como se decía entonces, se asomaba en el horizonte.” (ibíd.) Los movimientos populares fueron responsables directos de esa alborada. Pero la alborada supone el cierre previo, el fin de la época que daría lugar a lo nuevo. Así, el surgimiento de la perspectiva de una “nueva política” podría comprenderse a partir del recorrido que, desde la crisis institucional producida por los movimientos populares del 2001, atraviesa los levantamientos populares piqueteros generados por las políticas neoliberales que, aprovechándose del debilitamiento generalizado de los sectores populares durante la década de 1990, encontraron el momento adecuado para desplegar sus políticas de exclusión en el contexto de la caída del muro de Berlín, el posterior colapso de la URSS, y el concluyente fin de la historia.

No obstante, como en las crisis se perciben relaciones que en los tiempos de relativa estabilidad pasan desapercibidas, con la normalización, es decir, la estabilización económica y social posterior al 2001, las clases medias urbanas comenzaron a recordar, con ayuda de los medios masivos de comunicación, los límites que los separaban de los sectores populares. El interés general se diluía al mismo tiempo que resurgían los intereses particulares. Las nuevas clases medias, producto de las políticas de inclusión de los gobiernos progresistas que conformaban la Marea rosa latinoamericana, generaron una reacción en las clases medias establecidas o tradicionales. Estas veían en el ascenso de este nuevo sector una amenaza a los privilegios que la definen como clase en una sociedad de clases. García Linera advertía, respecto de la situación en Bolivia, que se había generado una “devaluación’ de la condición social de la clase media” (García Linera, 2020), esto es, un incremento del sector que

redundaba en una desvalorización de sus puestos de trabajo. Esta devaluación económica genera la percepción de una realidad caótica, en la que “las fronteras geográficas del lugar de las clases sociales se desdibujan y los colores y olores del entorno se ponen caóticos; como si la naturaleza enloqueciera” (García Linera, 2020).

De esta manera, las políticas de inclusión social fundadas en el consumo produjeron un efecto aparentemente paradójico desde la perspectiva de los gobiernos de la Marea rosa: pues si bien promovió el ascenso social de los sectores que habían sido desposeídos bajo las políticas neoliberales, el descontento que germinó entre las clases medias tradicionales, a causa de la ampliación de un espacio social que, si bien es presentado como el fundamento productivo y moral de la nación, en términos materiales representa, y es vivenciado, como un espacio inestable de privilegios materiales y simbólicos, se propagó de manera tal que alcanzó, en el periodo de crisis actual, a los recién arribados. Con la certeza de haber satisfecho los deseos aspiracionales que germinaban bajo la superficie, el ingreso a las capas medias moldeó la conciencia de amplios sectores de acuerdo con la lógica mercantil que rige el consumo.

Sin embargo, el discurso que se ufana de ampliar el sector de clase media para justificar el éxito de las medidas económicas que han promovido las políticas de inclusión social comparte la lógica mercantil que rige la estructura de sentimientos neoliberal. El debate político, de esa manera, se banaliza de tal manera que parece encorsetado en la discusión de si la compra de un celular o la posibilidad de realizar un viaje al exterior son un derecho o no.

En estos términos, los tiempos de solidaridad interclasista fueron nuevamente relegados como la excepcionalidad que no puede durar. Las declaraciones autocríticas de Pepe Mujica resultan ya un diagnóstico difundido: “Sacamos a bastante gente de la extrema pobreza, pero no los hicimos ciudadanos: los hicimos mejores consumidores” (Mujica, 2020). La normalización regeneró, no sin tensiones, la diferenciación social propia del estilo de vida de derechas. Y el estilo de vida de derechas supone el miedo a la contaminación, a la mezcla indiferenciada. La igualación económica pudo ser, y es, leída, por parte de sectores influyentes de las clases medias, como una decadencia social y moral integral, lo que resulta propicio al “surgimiento de un tipo de populismo de derechas y de fascismo asentado en la insatisfacción de estos sectores mundiales medios con nulo o bajo crecimiento de sus ingresos. Y, en el caso de Bolivia, a un tipo de neofascismo con envoltura religiosa” (García Linera, 2020).

La apariencia no contemporánea que García Linera reconoce en el resurgimiento del sentimiento religioso de las elites bolivianas expresa una modalidad posible de la contradicción no contemporánea, la falsa. Esta variante, que adquiere en Bolivia contornos propios de un desarrollo particular, no debería desatenderse como posibilidad latente de lo que puede ponerse en práctica en otras latitudes de la región, siempre de acuerdo con las

características del caso. En el marco esta específica no contemporaneidad, el discurso de los poderes económicos, dirigido a la insatisfacción de las clases medias, pone el acento en las distinciones sociales, simbólicas, económicas, étnicas, que las separa no solo de los sectores populares urbanos, sino también de los campesinos y de los pueblos originarios. Así aislada, la clase media, en función del descontento y la desorientación, queda a merced del engaño fascista.

METODOLOGÍA

Ante este panorama contemporáneo, en el cual puede visualizarse algunos aspectos causales del deterioro de los gobiernos progresistas de principios de siglo XXI. Nuestras indagaciones han arribado a la idea de que no se ha podido afianzar la idea de comunidad e identidad nacional de tendencia humanista, no xenófoba, como el nacionalismo europeo. Es decir, no se ha podido desarrollar el aspecto ciudadano de la población en pos del bien común, por lo que el germen individualista del burgués y pequeño burgués del capitalismo tardío no ha podido neutralizarse en términos simbólicos.

En este sentido, este trabajo se ha planteado rastrear, entre algunos de los teóricos e intelectuales de los movimientos populares, ideas que vislumbren y concreten un horizonte emancipatorio y plenamente ciudadano para los habitantes de Nuestra América. Por ello, las nociones de “ser nacional” de Hernández Arregui y la discusión entre táctica y estrategia políticas entre Perón y Cooke se hacen necesarios para analizar el rol de los movimientos populares en pos de su liberación del coloniaje del siglo XX y XXI.

O.G. analizar los idearios, reflexiones y pensamientos sociales emancipatorios de pensadores relevantes sobre Latinoamérica, en relación al marco histórico concreto, en pos de contribuir teóricamente y de forma activa a la coyuntura política argentina y latinoamericana del siglo XXI.

1. Identificar las fuerzas motrices que movilizan a los actores políticos de cada período histórico en su contexto.
2. Reconocer las herencias, afinidades y reformulaciones históricas que permiten vincular las diversas conformaciones teóricas en torno a la soberanía popular.

RESULTADOS

Los resultados de la presente investigación son analizados en dos apartados. El primero, “¿Qué es el ser nacional?”, aborda las concepciones de Hernández Arregui, quien trata de imprimirle características espirituales comunes a una existencia colectiva, la cual no se agota en los límites políticos propios de los países de la región, sino que terminan en las delimitaciones geográficas, haciendo del ser nacional un verdadero ser latinoamericano.

A su vez, el apartado “Los movimientos populares y la acción militar: el intercambio de pareceres entre Perón y Cooke”, analiza el rol que ese “ser nacional” y colectivo –el movimiento popular– puede tomar para concretizar la liberación de los pueblos. Esas decisiones comprenden tanto acciones de corto plazo como estrategias que pueden lograr resultados exitosos a futuro.

¿QUÉ ES EL SER NACIONAL?

En este apartado, se intentará encontrar, en la obra de Hernández Arregui *¿Qué es el ser nacional?* (1963), propuestas y recursos conceptuales que aporten al análisis de los movimientos populares en Argentina y Latinoamérica, específicamente en lo que respecta a la construcción de una identidad social que permita forjar en la ciudadanía lazos humanos y comunitarios que favorezcan y reproduzcan el bien común.

Es menester destacar que el pensador y político argentino se desvincula de la Unión Cívica Radical, su origen ideológico, porque el partido se adscribe a un frente denominado Unión Democrática. En una misiva, fechada el 10 de febrero de 1947, señala los motivos de su alejamiento: “La gran frustración de lo radical ha sido consumada. Y nada contrarrestará mientras tanto, el poderío de las fuerzas políticas que triunfaron con Perón, gracias al error de perspectiva –nacional e internacional –de aquellos que, al influjo de factores foráneos, cayeron en una imperdonable desviación de la línea del partido, traicionando los postulados históricos de la UCR” (Galasso, 2012: 104). Ese mismo año se produjo su acercamiento natural al peronismo a través del intelectual Arturo Jauretche.

La obra *¿Qué es el ser nacional?* tiene su origen en una serie de conferencias que Hernández Arregui llevó adelante en diversos contextos en las ciudades de Resistencia, San Miguel de Tucumán, Santiago del Estero y Santa Fe. De esas vivencias destaca, su público diverso: obreros y estudiantes, de múltiples pertenencias ideológicas, pero todos compartían la cuestión existencial sobre el ser nacional.

En principio, Hernández Arregui cuestiona el sustantivo propio “América Latina”. Él señala que el vocablo exacto para denominar la América desde el Sur del Río Bravo hasta el Canal de Beagle es “Indoiberia”, nuestra Patria Grande de México al Sur. También indica la denominación “Hispanoamérica”, para referirnos a este territorio, aunque excluyendo a Brasil; o “Iberoamérica”, si lo incluimos. En este ensayo de diálogo ficcional, su observación se funda en que América Latina es el nombre impuesto por los colonizadores, especialmente después de los siglos XVIII y XIX. La idea de Hernández Arregui es que la identidad nacional debe partir de un nombre soberano.

En este sentido, el periodista nacido en Pergamino convoca a los hijos del pueblo de estas tierras a conocer la historia de la América hispánica, tergiversada a través de los

mecanismos de dominio imperialista, más profundamente en el siglo XIX. Uno de los más horizontales, efectivos y masivos de estos dispositivos es la colonización pedagógica. Su objetivo: mantenernos desunidos. Hernández Arregui advierte la importancia de distinguir, para la construcción del ser nacional, los intereses económicos completamente opuestos entre las potencias imperialistas y los países subdesarrollados. En otras palabras, da cuenta de que el esquema colonial del continente americano no culminó con las independencias del siglo XIX, sino que se replica en la actualidad en términos capitalistas. Ahora, el yugo lo colocan las metrópolis industrializadas, que hacen de los países de Nuestra América una región proveedora de materias primas y consumidora de la manufactura hecha por los propios países industrializados.

La obra define al ser nacional en su primer capítulo, para luego detenerse en infinitas células geográficas, humanas, culturales, históricas, económicas, sociales, políticas, lingüísticas, que lo configuran y hacen a la unidad inherente de este continente, cuyas fronteras se establecen por los océanos. En palabras del propio pensador: “Dos olas oceánicas que la recortan en la cartografía (...) confederación económica, política y cultural iberoamericana” (Hernández Arregui, 1963: 154). Según el autor de *Imperialismo y cultura*, la composición social de estos territorios es fundamental para la comprensión del pasado, del presente y para poder producir una mirada pertinente de un futuro emancipador.

En su análisis histórico, la antítesis entre el desarrollo americano y los intereses foráneos es ineluctable. De allí, destaca que la colaboración incondicional de las oligarquías latifundistas con los intereses económicos foráneos erosiona la identidad del ser nacional y obstaculiza su desarrollo a través de la colonización simbólico-pedagógica. Para Hernández Arregui, las oligarquías, fieles a sí mismas, ya sean francófilas o anglófilas, miran con desdén a los pueblos y a su componente hispánico. Esa mirada desdeñosa hacia adentro del país se contrapone ferozmente a una mirada embelesada y servicial hacia Europa. En este desprecio por la propia tierra americana, los intelectuales tienen una gran responsabilidad en la fusión ideológica entre las élites dominantes y el pensamiento de la metrópoli imperialista, “aunque estas capas intelectuales domesticadas no tengan siempre conciencia de la función social que cumplen” (Hernández Arregui, 1963; 100). No solo describe cómo es el servicio recíproco que se prestan, sino que también, advierte de los riesgos que conlleva ese aparente *quid pro quo*:

Cuando la *intelligentzia* de un país recibe su lumbre espiritual no del “humus” colectivo, sino de los focos externos con su luz extenuada por la distancia cultural, cuando los intelectuales se alejan del pueblo, se opera al mismo tiempo la deformación de la historia, y el pueblo es negado y desechado (Hernández Arregui, 1963: 101).

En contraposición, pondera la labor de los que honran con su pluma al pueblo. Así caracteriza el destino que esta misión conlleva:

Escritores que auscultaron la realidad argentina y vertieron esa vocación como fidelidad al pueblo –tal el caso de Raúl Scalabrini Ortíz–, que desafiaron el poder innominado de Inglaterra al que Borges eleva odas sepulcrales, fueron momias en vida, sin prensa, sin radio, embalsamados en el silencio frígido de la antipatria. Y el hielo que rodea a los patriotas es la censura más deletérea, la técnica más siniestra tramada contra la inteligencia nacional, porque impide, o mejor dicho retarda, el entronque del pensamiento con la conciencia política de masas”. (Hernández Arregui, 1963: 100).

Asimismo, de esta cita, se enfatiza el último verbo “retarda”, porque se inscribe en la certeza de que la victoria de la causa de los pueblos es inexorable. En esta línea, esa inexorabilidad da cuenta del horizonte emancipador que los pueblos tendrán cuando hagan propio y vivencien el ser nacional en toda su plenitud.

Otro aspecto que resuena y se entronca con lo anterior es la tradición. Más precisamente, la diferenciación que realiza entre tradición y tradicionalismo. Nuestro autor describe claramente cómo los pueblos somos tradicionales por amor al terruño, a lo que es identitario. En cambio, las oligarquías son tradicionalistas por amor al producto de la tierra, el usufructo y/o expoliación, que los mantiene.

En suma, para Hernández Arregui (1963: 20):

El ser nacional se convierte en algo inteligible, o sea, en una comunidad establecida en un ámbito geográfico y económico, jurídicamente organizada en nación, unida por una misma lengua, un pasado común, instituciones históricas, creencias y tradiciones también comunes conservadas en la memoria del pueblo, y amuralladas, tales representaciones colectivas, en sus clases no ligadas al imperialismo, en una actitud de defensa ante embates internos y externos, que en tanto disposición revolucionaria de las masas oprimidas, se manifiesta como conciencia antiimperialista, como voluntad nacional de destino.

En virtud de lo expuesto, se observa que las teorizaciones de Hernández Arregui confirman que un futuro soberano es posible, aunque es imprescindible avanzar en un proceso de descolonización simbólica que debe estar comprometido y enlazado con nuestra labor cotidiana

LOS MOVIMIENTOS POPULARES Y LA ACCIÓN MILITAR: EL INTERCAMBIO DE PARECERES ENTRE PERÓN Y COOKE

Este apartado propone analizar las cuestiones centrales de la discusión política entre John William Cooke y Juan Domingo Perón a partir de la correspondencia que se produjo en los años del exilio de ambos, entre 1956-1966. En ese intercambio, se pueden registrar sus posiciones frente a las tácticas a emplear tanto en la política argentina como en materia de política exterior.

Las cartas se editaron por primera vez en 1972 por decisión de Alicia Eguren, la viuda de Cooke, y la importancia que tienen se debe a que los temas tratados son relevantes para comprender la dinámica de un movimiento político, y de masas, medular para el desarrollo histórico argentino y latinoamericano como el peronismo.

Los avances de la investigación nos permitieron seleccionar una serie de cartas para armar un corpus y profundizar el estudio del pensamiento de J. W. Cooke. Como lo ha señalado el historiador Norberto Galasso, las desavenencias con Perón se corresponden con las formas tácticas y estratégicas de pensar la política frente a “la acción armada o la lucha electoral, movimiento o partido, amplitud ideológica o definiciones tajantes, política de alianzas, frente nacional y hegemonización del mismo, la táctica hacia el Ejército y la Iglesia, los límites de la acción sindical y otras” (Galasso, 2009:7).

John W. Cooke fue integrado a la lista de diputados del primer gobierno de Perón. Con solo 25 años fue el parlamentario más joven, por eso, lo apodaron “el Bebe”, destacado por su oratoria y también porque cuando se tuvo que oponer al propio Perón, lo hizo. En el parlamento, fue elegido por Perón para hacer la defensa del cierre del diario *La Prensa*, bajo el argumento de que era vocero de la oligarquía y representaba a las grandes familias terratenientes de la Argentina. Para el segundo gobierno peronista, Cooke no fue convocado a formar parte de la lista de diputados y se dedicó a publicar la revista *De Frente* donde profundizará su teoría de que el peronismo debe transformarse en un movimiento “revolucionario”.

El bombardeo a la Plaza de Mayo del 16 junio de 1955, sobre la población civil indefensa, encontró a Cooke disparando con su pistola calibre 45 a los militares que intentaban el golpe. Este se concretará el 16 de septiembre del mismo año, dictadura autodenominada Revolución Libertadora. Allí Cooke y otros dirigentes caen presos y serán trasladados a la cárcel más austral del país, en Río Gallegos.

Con Perón en el exilio, una burocracia sindical dispuesta a negociar en beneficio de sus intereses y con los dirigentes encarcelados, Cooke logra fugarse a Chile junto a otros detenidos, entre los que se encontraba Héctor Cámpora. Mientras está detenido, Perón lo nombra explícitamente como único delegado en la Argentina capaz de conducir políticamente al movimiento peronista, incluso si Perón muere. Establecido en Chile tomará contacto con Perón que se encontraba en Venezuela iniciando la correspondencia. Esta comenzó el 12 de junio de 1956, Perón le explica lo que sucedió en el '55 y por qué no realizó la lucha contra los golpistas:

Yo no he querido decir la verdad de por qué no se accionó decididamente contra los rebeldes de Córdoba y de Bahía Blanca. Tanto Lucero como Sosa Molina se opusieron terminantemente a que se les entregaran armas a los obreros; sus generales y sus jefes defecionaron miserablemente, sino en la misma medida que en la Marina y en la

Aviación, por lo menos en forma de darme la sensación que ellos preferían que vencieron los revolucionarios (sus camaradas) antes que el pueblo impusiera el orden que ellos eran incapaces de guardar e impotentes de establecer. (...) Ni yo he renunciado a luchar, ni he sido tan débil como algunos creen. He sido traicionado por la mala fe de algunos o por la estúpida ingenuidad de otros. Yo no acuso de traidores a mis ministros que fueron fieles, pero sí los acuso de haberme impedido de usar al pueblo para la defensa, con el tonto concepto de que lo harían las fuerzas militares que, en la prueba, demostraron que no valían nada o que no querían defender al pueblo (Cooke, 2007: 7s.).

Más tarde, el 2 de noviembre de 1956, Perón nombró a Cooke como su representante en Argentina:

Por la presente, autorizo al compañero Dr. D. John William Cooke, actualmente preso, por cumplir su deber de peronista, para que asuma mi representación en todo acto o acción política. En ese concepto su decisión será mi decisión y su palabra la mía. En él reconozco al único jefe que tiene mi mandato para presidir a la totalidad de las fuerzas peronistas organizadas en el país y en el extranjero y, sus decisiones, tienen el mismo valor que las mías. En el caso de mi fallecimiento, delego al Dr. D. John William Cooke, el mando del movimiento (Cooke, 2007: 375).

Después de la “Libertadora” y durante el exilio, Perón escribió en enero de 1956 las “Directivas Generales para Todos los peronistas” donde reconoció: “Hemos cometido el error de creer que una revolución social podrá realizarse incruentamente” e instaba a “Luchar contra la dictadura mediante la resistencia pasiva” y “si es posible se dará el golpe revolucionario”. Como puede observarse, Perón convocaba a la lucha armada aunque después tomará distancia de esta postura- antes de que Cooke la planteara en el contexto de la revolución cubana. En la carta del 12 de junio de 1956; Perón estableció la necesidad de:

Organizarnos concienzudamente en la clandestinidad (...) de ahora en adelante hay que organizar la lucha integral por todos los medios (...) Cada hombre, cada gremio, cada organización debe tener por finalidad la lucha. Pero es necesario que la lucha sea básicamente la guerrilla (...) A las armas de la usurpación hay que oponerle las armas del pueblo (Cooke, 2007: 12-14).

Con respecto a la posición de Cooke en relación a la lucha armada, Aritz Recalde sostiene que:

A Cooke muchas corrientes del pensamiento lo caratulan como intelectual “izquierdista” e inspirador de la militarización constante de la lucha política argentina, a partir de lo que podría justificarse la práctica de algunas corrientes guerrilleras al estilo de un conjunto de operaciones llevadas a cabo en la década de 1970. Por el contrario, creemos que Cooke era consciente de la necesidad de articular la lucha política y cultural de masas con la acción militar, para no caer en belicismos y en el distanciamiento del pueblo. Durante el período de la Resistencia, Cooke fue el vínculo entre Perón y los Comandos Clandestinos de las fábricas, lo cual lo llevó en muchos casos, a tener que mediar en las

internas del movimiento. Con posterioridad al golpe, el peronismo no había podido desarrollar una organización estable y por el contrario, funcionó de manera inorgánica y defensiva a través de huelgas, sabotajes y reclamos en las comisiones internas de las fábricas” (Recalde, 2009: 109s.)

En 1958, Perón y Frondizi acordaron un Pacto con las firmas de Rogelio Frigerio y de Cooke. Frondizi acaparó los votos peronistas y triunfó en las elecciones, pero su política una vez en el poder fue adversa para los trabajadores, y el pacto con Perón se rompió. La desilusión llega rápidamente cuando al año siguiente estalla la gran huelga del Frigorífico Lisandro de La Torre. El intento de Frondizi de privatizar el frigorífico desató la protesta de los trabajadores que fueron derrotados con tanquetas y carros de asalto de las FF.AA.

Cooke en el conflicto del frigorífico Lisandro de la Torre convocó al enfrentamiento directo con Frondizi. Por esta razón, dentro del movimiento lo asociaban al “izquierdismo”. También porque en las cartas posteriores a la huelga del frigorífico, Cooke fue crítico de las corrientes internas del peronismo que definió como “no revolucionarias” o de línea “blanda”. Este conflicto lo distanció de muchos miembros del movimiento y fue el motivo principal para reforzar su vinculación con los grupos políticos no peronistas y de izquierda.

En más de una oportunidad, Perón no sólo le había reiterado que evitara las disputas internas con otros dirigentes sino que le había llamado la atención a Cooke sobre su accionar. Para Perón, Cooke tenía que trabajar más estratégicamente y no tanto tácticamente, tal como lo menciona en su carta del 18 de junio de 1958: “Creo que ustedes [Cooke y Alicia Eguren] deben abandonar toda acción directa de ejecución y reducirse a la conducción estratégica.” (Cooke, 2007: 69)

A lo largo de la correspondencia, la relación entre Cooke y Perón fue cambiando. Las cartas que escribió desde Cuba muestran una posición crítica hacia las conducciones políticas del peronismo. A su vez, aparece un mayor énfasis en el proceso revolucionario del Tercer Mundo y los temas de la realidad política argentina empiezan a tener menor importancia. En este contexto, comenzaron a acentuarse las diferencias entre Cooke y Perón, en especial, en cuestiones de política interna.

DISCUSIÓN

Después del '55, la concepción política de Cooke se dirigía a que los conflictos internos del peronismo debían ser resueltos por el movimiento obrero organizado y no por un Frente político como sostenía Perón. Cooke creía que la lucha armada y la necesidad de la vía insurreccional serían los métodos para la toma del poder y para enfrentar las dictaduras militares luego del '55. Por esta razón, en las cartas, adquiere mucha preponderancia el

acceso a cargos de conducción de aquellos dirigentes que él consideraba dentro de las corrientes revolucionarias. Al respecto, Recalde sostiene sobre Cooke:

Las revoluciones socialistas y las luchas de liberación mundial de 1950 y 1960 marcaron su pensamiento y la manera de participar en la estructuración del movimiento de liberación. De esta manera, fue modificando su lectura del peronismo, interpretándolo desde una óptica cada vez más marcadamente clasista (Recalde, 2009:216).

Sobre las conducciones políticas, Cooke le escribió a Perón en varias cartas sobre la necesidad de que el Movimiento estuviera en manos únicamente de los trabajadores. Por eso, descartaba la idea de un Frente, como en el '45, que pudiera reunir a la Iglesia, la burguesía y el Ejército. Cooke sostenía que las conducciones tenían limitaciones ideológicas y, por eso, sus dirigentes hacían constantemente alianzas reformistas que los convertían en burócratas sin capacidad para interpretar la estrategia y menos para conducir la organización.

Perón le contestó el 25 de agosto de 1964 sobre el Movimiento:

Es necesario continuar manteniendo la unidad a toda costa, porque en estos momentos no estamos en tarea de purificarlo (...) No importa tanto pues la calidad de nuestra organización como la eficacia con que podamos cumplir con nuestro deber de peronistas (...) Una posición que disocie y anarquice no puede conseguir nada (Cooke, 2007: 298-299).

En relación con las tácticas para la toma del poder, Cooke se diferenció de Perón en torno a los métodos y los tiempos para la insurrección. Para Cooke, ya estaban dadas las condiciones para que esto sucediera, el 18 de octubre de 1962 le escribe a Perón:

Parecería que en materia de tácticas, en cambio, la coincidencia es mucho menos pronunciada: a su criterio, yo preconizo políticas extremas cuyas condiciones aún no han terminado de madurar y que, además, no toman en cuenta las circunstancias particularmente difíciles en que Ud. está obligado a desempeñarse. Nuestros pigmeos lenguas largas aprovecharían para decir que eso ocurre porque pienso como castro-comunista y no como peronista. Otros menos maliciosos pero no menos ignorantes, creerían que mis actividades en Cuba originan una distorsión en la imagen de la realidad argentina y hasta supondría que espiritualmente me debato en un conflicto de fidelidades (Cooke, 2007: 262s.).

Más adelante, en la misma carta, Cooke vuelve a sostener la necesidad de la vía insurreccional para tomar el poder porque, según él, estaban dadas las condiciones objetivas a diferencia de Perón que tenía una posición gradualista sobre los métodos y los tiempos de lucha:

En esencia, lo que se discute es un problema de ritmo, de cómo operar sobre las líneas de acción que Ud. ha trazado para el Movimiento. Ud. ve la necesidad de un desenvolvimiento gradual hacia posiciones que multiplicarán nuestro poderío y

facilitarán las batallas finales contra la oligarquía. Yo opino que esa mejora decisiva de nuestra situación estratégica no nos demanda ni combinaciones complicadas ni políticas a largo término: están a nuestro alcance y basta la decisión drástica y tajante, pocas y categóricas medidas de su parte, para eliminar plazos y tramitaciones (Cooke, 2007: 263).

El contenido profundamente obrero que adquirió el movimiento luego del golpe del '55, le permitió a Cooke sostener un planteo basado en la posibilidad de construir el socialismo a través del peronismo. Además, dentro del peronismo, Cooke fue partidario de introducir el marxismo, a diferencia de otras líneas de pensamiento que harán mayor hincapié en la existencia de un pensamiento nacional autónomo, más allá de que tomaran elementos del marxismo.

Al respecto, en la carta del 24 de julio de 1961 sostuvo:

Claro que los 'comunistas' que irán a la cárcel y a la tortura no serán los integrantes del Partido Comunista –que son bien pacifistas por cierto– sino nuestros compañeros que, como auténticos peronistas, combaten contra el régimen de la democracia capitalista vigente (Cartas, Tomo II, p. 180).

En la misma línea, el 18 de octubre de 1962 le escribe a Perón:

Los comunistas, en Argentina, somos nosotros, porque el imperialismo yanqui no se guía por definiciones filosóficas sino por hechos prácticos: y el movimiento de masas que pone en peligro las inversiones, el orden social y la 'seguridad hemisférica', eso es el comunismo (Cooke, 2007: 274).

Siguiendo en esta línea y distanciándose de los intelectuales de la izquierda tradicional, Cooke sostuvo que el peronismo era la forma en que se manifestaba la lucha por el poder en Argentina y en consecuencia, la existencia del movimiento organizado era una condición desestabilizadora del régimen. Caracterizado como proyecto popular y antiimperialista, Cooke pensaba que el peronismo era un "movimiento de izquierda". Para Cooke, "peronismo y antiperonismo" era la forma que adoptaba el conflicto social y la lucha anticolonial: "Nos admitirían como peones, nunca como actores, porque la masa no será detenida con consignas sino con la satisfacción de las necesidades. Con un programa de izquierda, que significa, simultáneamente, revolución social y liberación nacional -términos indivisos", escribe el 15 de junio de 1962 (Cooke, 2007: 232).

Desde el punto de vista de Cooke, el Partido Justicialista con Perón en el exilio y proscripto no llegó nunca a ser el elemento de conducción que la historia exigía. De hecho, Cooke se refirió críticamente al comportamiento de los cuadros políticos al mando del Partido a los que acusó, en muchas ocasiones, de no resistir la acción de los militares en 1955 y de pactar con diversos dirigentes de la oposición. A diferencia del Partido, que después del golpe del '55 entró en una profunda crisis; en los gremios, el proceso de degradación y desarticulación no fue tan profundo. En la carta del 25 de junio de 1958 escribe:

La CGT tiene una estructura que, sin ser revolucionaria, fue lo más sólido del movimiento. Sus formas organizativas fueron suficientemente fuertes para resistir la condición predatoria de la tiranía (...) El origen del fenómeno está en la debilidad del Partido en el momento de la caída de nuestro gobierno: la CGT fracasó, lo mismo que altos dirigentes, pero la desintegración se detuvo en los delegados de fábrica y en muchos dirigentes medios que la clase obrera peronista tuvo, una conducción a partir de la cual se fue organizando (Cooke, 2007: 78s.).

Pero la organización y la masividad de los gremios no pudieron soportar la embestida del golpe del '55. El 18 de octubre de 1962, Cooke (2007: 87) sostuvo que los sindicatos, aunque organizados, no eran: "órganos revolucionarios".

En lo que respecta a la cuestión geopolítica, en la carta del 18 de octubre de 1962 Cooke le planteó a Perón la necesidad de modificar las alianzas políticas para orientar nuestro país a "las naciones no alineadas": "Las condiciones para una política insurreccional mejorarán en cuanto nuestro alineamiento en el frente revolucionario mundial se traduzca en conexiones concretas y medidas prácticas" (Cooke, 2007: 286). Para Cooke, era necesario hacer alianzas con las naciones que estaban en proceso revolucionario, es decir, con los movimientos de liberación nacional que surgían en las naciones del Tercer Mundo.

Entre 1966 y 1968, las relaciones entre Perón y Cooke se tornaron "difíciles y distantes". La estadía de Cooke en la Cuba revolucionaria de Fidel Castro transformó su pensamiento ya que convalidó cada vez más la vía de la lucha armada mientras que Perón abogó por las alianzas para obtener el poder por vía electoral. A pesar de las diferencias, Cooke siempre reconoció que las masas populares veían a Perón como líder indiscutible.

En resumen, Perón pensaba que había que armar un Frente Nacional amplísimo para volver a organizar al Movimiento peronista como en el '45. Cooke, por su parte, en los últimos años de su vida (1962-1968), manifiesta su disidencia en relación a esa unidad que proponía Perón sosteniendo, por el contrario, que la clase trabajadora tenía que tener mayor preponderancia en dicho Frente. Además, afirma que no es posible volver a armar un Frente como en el '46, ya que el empresariado, el ejército y la Iglesia están cada vez más alineados al orden impuesto por el imperialismo, es decir, por EEUU. Cooke sostiene la necesidad de fortalecer los cuadros partidarios, y que el peronismo se defina como una fuerza de izquierda para luchar por la liberación nacional, y así alcanzar el socialismo nacional.

CONCLUSIONES

Un acercamiento a los movimientos populares implica abordar su análisis contemplando diversos factores. Lo que se ha advertido, en primer lugar, es que uno de los fracasos que poseen dichos movimientos radica en el colonialismo simbólico-pedagógico que

la intelectualidad de un determinado país, de manera voluntaria o no, opera a través de las instituciones y los medios masivos, en detrimento del bien comunitario. Al mismo tiempo, el fracaso de los movimientos populares se detecta en la no profundización de modelos económicos industrializados que avancen sobre los privilegios agrarios de las élites. Una de las dificultades de la Marea rosa puede centrarse en la imposibilidad de desbaratar el vínculo de subdesarrollo que se plasma en la asociación de las oligarquías vernáculas con las empresas transnacionales, relación que se fundamenta en la desigualdad entre un país productor de materias primas con un país manufacturero.

Asimismo, los pensadores tratados en este trabajo –Hernández Arregui y J. W. Cooke– han posibilitado la visualización de un horizonte liberador para los pueblos de Nuestra América. En este sentido la reflexión existencial acerca del ser nacional puede forjar un cambio de paradigma en las conciencias colonizadas de los latinoamericanos. La cuestión del ser nacional implica pensar un ser regional, latinoamericano, que incluya a todos los pueblos, desde México hasta el Canal de Beagle, en un sentir fraternal contra el imperialismo que surge de las metrópolis y que se manifiesta internamente en las élites dominantes de los respectivos países.

Para poder lograr la concreción de este futuro de emancipación, los movimientos populares, centrados en los movimientos obreros y en los cuadros técnicos, profesionales e intelectuales populares, deben tomar necesariamente decisiones tácticas y estratégicas que concreten logros a corto y largo plazo en pos del beneficio del conjunto.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adamovsky, Ezequiel. (2012). “El mito del aumento de la clase media”. Clarín. Disponible en http://www.clarin.com/opinion/mito-aumento-clase-media-global_0_835716476.html (fecha de consulta: 28/2/2023)
- (2020). Historia de la Argentina. Biografía de un país. Desde la conquista española hasta nuestros días. Buenos Aires: Crítica.
- Camacho, Daniel; Menjívar, Rafael (1989). Los movimientos populares en América Latina. México, Siglo XXI, 2005.
- Cooke, John William (2007). Obras completas. Tomo II: Correspondencia Perón- Cooke. Buenos Aires: Colihue.
- , (2011). Obras Completas. Tomo V: Peronismo y revolución. Buenos Aires: Colihue.
- Dietschy, Beat (1987). “Die Inkorporation der Häresie ins Dogma. José Carlos Mariátegui und Ernst Bloch”. En: Concordia. Revista internacional de filosofía. N° 11. Fonet-

- Betancourt, Raúl (1997). "Mariáteguische Transformation des Marxismus in Lateinamerika". En: Morales Saravia, José (ed.). José Carlos Mariátegui. Frankfurt del Meno, Vervuert.
- Galasso, Norberto (2009). "Prólogo". En: Recalde, Aritz, El pensamiento de John William Cooke en las cartas a Perón 1956-1966. Buenos Aires: Ediciones Nuevos Tiempos, pp. 5-8.
- , (2007). Aportes críticos a la historia de la izquierda argentina. Tomos I y II. Buenos Aires: Ediciones Nuevos Tiempos.
- , (2012). J.J. *Hernández Arregui, del peronismo al socialismo*. Buenos Aires: Colihue, 2012.
- , (2005). Cooke de Perón al Che. Una biografía política. Buenos Aires: Ediciones Nuevos Tiempos.
- García Linera, Álvaro (2020). "'Curva de Elefante' y clase media". Nodal. Noticias de América Latina y el Caribe. Disponible en: <https://www.nodal.am/2020/01/curva-de-elefante-y-clase-media-por-alvaro-garcia-linera/> (Fecha de consulta: 28/2/2023)
- Guevara, Ernesto (1975). El socialismo y el hombre en Cuba (1965). Barcelona: Anagrama.
- Hernández Arregui, Juan José (2005) ¿Qué es el ser nacional? Buenos Aires. Continente-Pax, 2005 <http://www.elortiba.org/old/herar.html>. [Fecha de consulta 20/10/2022]
- Perón, Juan Domingo (2016). La comunidad organizada (1949). Segunda Edición. Buenos Aires: Biblioteca del Congreso de la Nación.
- Recalde, Aritz (2009). El pensamiento de John William Cooke en las cartas a Perón 1956-1966. Buenos Aires: Ediciones Nuevos Tiempos.